

CARIDAD...

La caridad es la más excelente y reina de todas las virtudes y el sentimiento de la misma se impone en la práctica, tanto más cuanto mayor es el grado de cultura de las sociedades en su forma más pura y elevada.

La congregación de San Vicente de Paul, cuya función es atender a los necesitados, en todos los órdenes y practicar el bien en todas las formas posibles, implora la caridad pública en favor de los pobres desheredados de la fortuna, que andrajosos y vacilantes van de puerta en puerta en súplica de una limosna sucumbiendo a veces tras su heroico pudor en el rincón de un mísero hogar por el hambre horrible que los acosa, terminando en el depósito común de todos los despojos humanos.

Desgraciadamente Valdepeñas no responde cual debiera al fin filantrópico de esta congregación, a pesar de su reconocida generosidad en los demás órdenes de la vida, y lo tristemente cierto, es, que salvo contadas excepciones, los ricos no visitan la casa de los pobres, y sólo la congregación de San Vicente de Paul, de hombres y mujeres, cumple tan cristiano deber con los exiguos recursos que recoge insuficientes para la vida actual.

Sin la caridad no se puede vivir, todo es desierto y en la tierra se agita el huracán del dolor que ciega la vista y seca la fuente de la dicha ¡qué sería de la humanidad si en medio de las desdichas no viésemos elevarse como hostia santa, la caridad, que da aliento al corazón y fortalece la debilidad, con un suspiro, con una sonrisa!

No nos contentemos sólo con atender las tristezas de un día pensemos en las de siempre. Sirvan aquellas para ponernos éstas ante los ojos; que aún son mayores las engendradas por el egoísmo humano, que las per-

mitidas por la inclemencia del cielo; no acuda solamente la caridad al grito del dolor; búsquelo, aunque, calle.

Por amor al prójimo, ayudad a esta fadole de congregaciones, que humilde y reverente os piden limosna.

Ernesto Sánchez Toledo

Eterna Historia

Hay épocas fatales en la vida en las que todo a nuestro alrededor parece derrumbarse. Son instantes de desesperanza infinita; momentos horribles, durante los cuales los mejores razonamientos no logran prestar consuelo alguno; días tristes, en los que una llega a admirarse de que el sol siga brillando en lo alto del cielo.

Cuando un golpe inesperado y fatal viene a tronchar para siempre la flor de unas ilusiones, convirtiendo un porvenir de bienestar, luz y sonrisas en un amargo presente de estrecheces, lágrimas y tristezas, o cuando se entreabre bruscamente el negro abismo de la muerte, y desaparece para siempre uno de esos amores que llenan la existencia: el padre, la madre, el esposo, la mujer o un hijo...! cuando de lo que fué no queda en realidad más que un puñado de cenizas o cuando una nueva ilusión se ha perdido también en abismo del desengaño. ¡Oh entonces!... la amargura sube como una náusea continua hasta la garganta; los ojos hinchados de lágrimas, hacen ver el mundo envuelto en una ráfaga de infinita tristeza, y llega a blasfemarse desesperada por el dolor, y se revela una contra el brutal destino, hasta el abatimiento y la laxitud física acaban con las fuerzas y hasta

con las ganas de vivir ¡Atroces momentos éstos, a ningún otro dolor comparables!...

Pero es la vida tan fatalmente abominable, que no puede existir sin una incomprensible mezcla de dolores y alegrías... Y pasa el tiempo ¡y es tan inconcebible lo que el tiempo puede!

Poco á poco empieza una á convencerse de la inutilidad de toda resistencia contra las fuerzas viejas del destino, al ver prácticamente que las lágrimas y los sollozos no varían la fatalidad de las cosas.

Además no hay mayor tirano que la naturaleza; las necesidades del estómago no respetan los mayores y más sagrados dolores, y en medio de ellos hay que comer, hay que dormir y hay que seguir haciendo vida.

¡Horrible impiedad, pero impiedad inevitable!...

Del desierto de la desesperación hay que volver á seguir el mismo camino; hay que amarrarse otra vez al yunque de la existencia para continuar la marcha metódica y maquinal en el monótono tren de la vida... Y de todo aquel aparatoso montón vago y confuso de deseos desesperados, de amarguras infinitas, de abatimientos y lágrimas, de sollozos y locas blasfemias, no deja el tiempo en su continuo rodar, más que un pobre recuerdo, sintetizado en una fecha.

He aquí la eterna historia ¡Historia eterna que más que una vez hace pensar que si realmente tendrá razón aquellos pesimistas que predicán que esta vida es tan fatalmente estúpida que no merece la pena ni aun que se la tome en serio.

Pepita de la Hoz P. del Arco

Tomás L.-Tello

VINOS FINOS